



Capítulo 430: Prueba del aura.

El mundo contuvo la respiración.

Dos presencias místicas —tan diferentes como el cielo y el infierno, la divina y la profana— chocaron con una simple sonrisa.

Y entonces... las AURAS explotaron.

El suelo tembló como si el corazón mismo del mundo hubiera sufrido un espasmo. El cielo temblaba y se ondulaba con colores antinaturales. La realidad crujió como un espejo que se agrietaba desde dentro.

iiiKRAAAAAAASH!!!

La descarga mágica era una fuerza viva, brutal e incontrolable.

Decenas de brujas fueron lanzadas al aire como hojas en un huracán. Los puestos del mercado quedaron reducidos a escombros. Botellas de pociones destrozadas en coloridas explosiones. Ingredientes raros fueron arrojados al viento como confeti del apocalipsis. Los tomos antiguos giraban en el aire antes de explotar en llamas místicas o teletransportarse por instinto de supervivencia.

En el centro del caos, Morgana, envuelta por una gruesa barrera de sombra, se protegió con un brazo frente a la cara, gritando algo que nadie escuchó. El sonido fue absorbido por el rugido cósmico de la colisión.

Pandora se tambaleó —sólo por un segundo.





Un segundo que decía mucho.

Su aura cristalina, una vez tan imperturbable como la eternidad, tembló. Las runas talladas en su piel pulsaban más rápido, como si estuvieran recalculando. La serpiente luminosa que la rodeaba silbaba violentamente, enrollándose firmemente alrededor de su cuello, como si se preparara para la guerra.

Los ojos opalescentes de Pandora se entrecerraron y la sonrisa en sus labios se amplió —de emoción, no de miedo.

"... ¿Puedes seguirme el ritmo?" Dijo que su voz estaba casi encantada, como la de un niño que había encontrado un juguete nuevo y mortal.

En el ojo del huracán mágico, Virgilio se alzaba como una estatua viviente de furia.

Su aura ardía. Vivo, inestable, pulsante como un corazón recién despertado. Las sombras que lo rodeaban temblaban y el suelo bajo sus pies seguía agrietándose, incapaz de soportar el peso de su poder. Sus ojos, ahora rojos como el núcleo de un volcán, ardían de sed de combate.

Soltó una risa baja y ronca— y había algo animal en ello.

Sus dientes parecían más afilados y la cordura habitual en su mirada había dado paso a una electricidad salvaje.

"Me subestimaste, cristal andante", dijo, con la voz reverberando como un trueno en un templo antiguo. "Y eso fue un error."





Pandora levantó las cejas y luego se rió —una risa dulce y musical... y absolutamente maliciosa.

"Eres atrevida... demasiado atrevida," dijo, bailando con los dedos en el aire mientras los cristales se arremolinaban alrededor de su cuerpo como lunas en órbita. "Sabes lo que dicen sobre jugar con fuego, ¿verdad?"

Virgilio inclinó la cabeza, sus cuernos aparecieron brevemente como sombras detrás de él y sus contornos ardían de color rojo.

"Sí", respondió con una sonrisa torcida. "Pero en ese caso me gustaría ser sólo el fuego..."

¡ZAAAP!

La serpiente de luz salió disparada como un rayo viviente, una línea de energía que atravesaba el aire. Pero Virgilio ya se estaba moviendo.



En un giro fluido y feroz, su cuerpo se retorció en el aire como una espada viviente— y su pierna chocó contra el costado de la criatura con una fuerza tan absurda que el impacto liberó una onda de choque, arrojando aún más brujas.

"¡CORRAN, TONTOS!" Una de ellas gritó, protegiendo con su propio cuerpo una cesta de setas flotantes.

"¡VAN A DESTRUIR LA PLAZA OTRA VEZ!"

"¡Activa la barrera de contención! ¡RÁPIDO!"



"¡AAAAAAAAAAAAAH!"

"¡Ya te has desmayado cuatro veces hoy, idiota!"

Mientras el caos reinaba en el fondo, Pandora permanecía al frente, imperturbable y concentrada. Levantó un dedo— y el cristal bailó en el aire, multiplicándose en fragmentos prismáticos, afilados como dagas encantadas.

Volaron como disparos de una ametralladora mágica.

Virgilio no se retiró.

"¡VAMOS ENTONCES, MALDITA MUÑECA!" rugió, su aura rugió a su alrededor como una hoguera demoníaca a punto de devorar el mundo.



¡FWHOOOOOM!

Su presencia explotó — quemando el aire, derritiendo algunos de los cristales al impactar, desviando otros con los puños.

¡PAAFT! ¡KRAANG! — cada desvío sonaba como campanas destrozadas por mazos.

Pandora cortó el aire como si estuviera bailando en gravedad cero. Sus movimientos eran elegantes, gráciles— pero no había ternura en ellos, sólo eficiencia letal. Como si estuviera dirigiendo una sinfonía de destrucción, dando forma al campo de batalla que la rodeaba con sus gestos.

Pero Virgilio...



Él no era un instrumento.

Él era toda la orquesta, destrozando sus propios instrumentos.

Su puño vino desde abajo — brutal, directo, un cometa de pura furia.

Pandora levantó el brazo, bloqueando con un escudo de cristal — pero el impacto la arrojó hacia atrás, junto a Vergil, abriendo un vacío mágico que succionaba el aire, el sonido... y por un instante, incluso la luz.

¡FUUUUUUM!

La plaza se congeló.

Las brujas caían, se escondían o temblaban detrás de hechizos protectores.



Algunos registraron todo en orbes mágicos. Otros simplemente rezaban a cualquier entidad que no estuviera viendo la escena con palomitas de maíz.

Y luego...

¡¡BOOOOOOOM!!!

Se abalanzaron el uno sobre el otro — otra vez.

Los puños chocaron.



Aura contra aura.

Caos contra el control.

Infierno contra la eternidad.

El impacto creó una tormenta mágica en expansión — vientos cortantes, relámpagos de energía cruda, ráfagas de calor, frío y distorsiones temporales que hicieron que el espacio circundante se retorciera como tela húmeda.

El cielo se agrietó sobre ellos. Literalmente.

Una línea delgada, brillante y amenazante atravesaba los cielos — como si el plano de la existencia se estuviera agrietando por el miedo.

Pandora jadeó.

Pero su sonrisa era amplia, casi infantil.

Vergil sangró.

Pero su sonrisa era más grande. Perverso. Salvaje. Verdadero.

Sus ojos se cruzaron y el mundo pareció detenerse de nuevo.

Allí, en el centro de la destrucción, en el ojo del huracán, hubo un segundo — sólo un segundo— de reconocimiento.





No como enemigos.

No como monstruos.

Pero como... es igual.

"Me diviertes," murmuró Pandora, con sus ojos opalescentes vibrando con poder puro.

"Me molestas," replicó Virgilio, escupiendo sangre al suelo y secándose la boca con el dorso de la mano.

"Entonces estamos empatados."

El caos estaba a punto de continuar.

Pandora hizo girar sus dedos en el aire, tirando de nuevos fragmentos de cristal para que orbitaran alrededor de su cuerpo como satélites encantados. Vergil se secó la sangre de la comisura de la boca con una sonrisa maníaca, con los músculos tensos y el aura a su alrededor hirviendo, lista para explotar de nuevo.

Ambos estaban a punto de lanzar otro ataque.

Pero entonces...

SILENCIO.

Las auras se desvanecieron.



Vergil sintió como si alguien le hubiera desconectado el cuerpo —el calor, la energía demoníaca, todo desapareció a la vez, como si hubiera sido tragado por un agujero negro.

Pandora dio un paso atrás, confundida, sus cristales cayeron al suelo como vidrios rotos, sin vida.

"Ce...?" Ella empezó a preguntar, frunciendo el ceño.

Virgilio giró la cabeza.

Y luego lo vio.

